

ENTRE FRANCO Y JUAN CARLOS. REPRESENTACIÓN Y MEMORIA EN TELEVISIÓN Y OTROS MEDIOS POPULARES (1966-1975).

José Carlos Rueda Laffond ¹.

¹Universidad Complutense de Madrid, España.

E-mail: j-c-rueda@hotmail.com

Recibido: 21 Julio 2013 / Revisado: 3 Septiembre 2013 / Aceptado: 5 Octubre 2013 / Publicación Online: 15 Octubre 2013

Resumen: El trabajo se aproxima a la representación generalista de Franco y Juan Carlos de Borbón en diversos medios oficiales entre 1966 y 1975. Concretamente aborda la imagen presente en relatos televisivos, literarios y cinematográficos. Se resalta su implicación con estrategias de memoria y prospectiva, así como la estandarización y diversificación relativa de significaciones. La imagen de Franco siguió apoyándose en pautas de afirmación diseñadas en años anteriores junto a la actualización de su figura. Por su parte, la representación de su sucesor combinó marcas de identidad que oscilaron entre el discurso de legitimidad y continuidad franquista y la necesidad de dotar de especificidades a la futura institución monárquica.

Palabras clave: Franquismo, memoria, representación, medios, televisión.

1. El tardofranquismo y sus condicionantes históricos¹

A lo largo de los últimos años se ha producido un replanteamiento crítico sobre la transición democrática en aspectos relativos a su grado de vinculación con el aparato institucional y político procedente del franquismo, y respecto a su uso como referente de memoria pública durante el último tercio del siglo XX e inicios del XXI². Se ha estimado, en este sentido, que los medios –y en particular la televisión– han conformado una explicación coherente que ha presentado la transición como

matriz fundacional de la contemporaneidad española. Dicho enfoque se ha orientado frecuentemente a legitimar aquel período en relación con determinadas necesidades de presente, socializando un imaginario de corte democrático y, ya en pasiva, contraponiendo la identidad histórica del franquismo frente a la monarquía³. Esta acusada dualidad entre dictadura y democracia se ha visto acompañada por una consideración del tardofranquismo como prólogo de la transición. Desde esta óptica, sirvió de caldo de cultivo para las estrategias de la oposición y, paralelamente, como entorno donde cristalizó un reformismo surgido de las entrañas del régimen, pero que terminó apostando por su desmantelamiento. El anquilosamiento de la dictadura, sus progresivas erosiones y, finalmente, su incapacidad sistémica para proyectarse tras la vida de su fundador terminaron de concretar un escenario en el que la decrepitud y agonía de Franco se acompañaron a la decrepitud y agonía de su obra política.

Tales interpretaciones corren el riesgo de minusvalorar dos cuestiones relevantes. La primera es que sobredimensionar a las elites políticas como agentes decisivos de cambio puede conllevar la depreciación de otras variables, como las actitudes y comportamientos colectivos. Éstos no sólo se articularon durante la fase final del franquismo en forma de creciente movilización estudiantil, laboral, intelectual o de reivindicación nacionalista, sino que además incorporaron pautas y expectativas de índole más o menos pasiva que conjugaron la

subsistencia de una memoria traumática sobre la Guerra Civil (y la sensación de que la inestabilidad podía activar un nuevo conflicto), junto a una amplia consideración sociológica sobre la imposibilidad del franquismo sin Franco⁴. Dichos vectores confluyeron en el clima social y, desde ahí, en la estrategia política del bienio 1976-1978⁵.

La segunda cuestión que puede quedar ensombrecida por el relato mediático sobre la transición es la relativa a la especificidad histórica del tardofranquismo. Desde una perspectiva genérica posterior a diciembre de 1976 (referéndum sobre el Proyecto de Ley para la Reforma Política), esa etapa suponía la fase epigonal de la dictadura. Sin embargo, desde el punto de vista de la coyuntura de finales de los sesenta y primeros setenta dicho carácter terminal no resultaba tan claro y, menos aún, la salida democrática aparecía como opción inevitable o predestinada⁶. Es más, si atendemos a la lógica de las estrategias propagandísticas oficiales y a las reflexiones prospectivas formuladas por parte del personal político, el horizonte estaba asegurado, pero por otras vías. Se había culminado un entramado legal que podía leerse como arquitectura constitucional (Ley Orgánica del Estado, 1967); y se había garantizado la continuidad gracias a la previsión sucesoria encarnada en el Príncipe de España, Don Juan Carlos de Borbón, cuya designación fue finalmente resuelta por Franco en 1969. En este sentido, el “atado y bien atado” era una máxima factible para la elite del régimen, la oposición y la sociedad.

Bien es cierto que la clase política franquista constituía un conglomerado de intereses diversos. Su disparidad se hizo visible en los debates sobre asociacionismo, el sempiterno tema de discusión entre 1969 y 1975⁷. Paralelamente, cada vez resultaron más nítidas las tensiones estratégicas y doctrinales entre aquellos que acabaron derivando hacia posiciones aperturistas y los que se atrincheraron en el *bunker*⁸. Tales diferencias se complicaron por la coexistencia de dos proyectos –uno de inspiración falangista, y otro tecnocrático y nacional-católico asociado a personalidades del Opus Dei– que, de facto, alimentaron las crisis internas de 1957 y 1969. Pero, por encima de tales discrepancias, el grueso del personal político seguía identificado públicamente con un franquismo esencialista basado en la lealtad a su legitimidad de origen (el 18 de julio), la autoridad del Caudillo, el

discurso nacionalista y el mito del desarrollo político fundamentado en la continuidad institucional, la modernización económica y la paz social lograda por el conformismo y la represión. Todo ello se vertebraba mediante un esquema autoritario y restrictivo, algo que resultaba coherente, a un tiempo, con el populismo paternalista *azul* y con el ideal de una sociedad jerárquica articulada gracias al apoliticismo y la diseminación de valores propios del reaccionarismo católico⁹.

Desde tales parámetros las siguientes páginas estudiarán algunas pautas de representación de las figuras públicas de Franco y Juan Carlos entre 1966 y 1975. Por cuestiones de espacio, el análisis será obligadamente selectivo. Se ha adoptado como objeto de atención diversas narrativas generalistas producidas desde medios bajo titularidad oficial: contenidos realizados para Televisión Española (TVE) o para el noticiario cinematográfico NO-DO, organismos insertos en el Ministerio de Información y Turismo¹⁰; así como otros materiales editados por este departamento, por Ediciones del Movimiento o por Editorial Doncel, dependientes, a su vez, de la Vicesecretaría General del Movimiento. La interpretación aquí propuesta entenderá dichas fuentes como expresiones de memoria, actualización y prospectiva generadas desde arriba. Se desea explorar su posible unicidad y/o diversificación de significaciones, así como su carácter instrumental como proposiciones de pautas cohesivas, de aquiescencia o legitimadoras del entramado de poder. Finalmente, respecto a sus destinatarios finales, debe remarcar su rango como relatos divulgativos, vinculados con una instrumentalización propagandística frecuentemente orquestada desde el cine, el libro o la televisión como industrias culturales de masas.

2. Franco y la agenda de presente/pasado.

La política de conmemoración franquista mantuvo, aunque con distinta intensidad en su presencia y alcance, una agenda de recuerdo acompañada a la reiteración de hitos regulares, sacralizando determinados pasajes de pasado con el objetivo de solidificar el consentimiento y la sujeción social. Y aunque los grados de adoctrinamiento y movilización se fueron modificando, ciertos aspectos se mantuvieron como señas emblemáticas. La naturaleza cesarista del régimen, su lenta y compleja articulación que combinaba la concentración personalista del poder con una relativa

poliarquía, y su rango fundacional, fruto del levantamiento militar de 1936, son factores que permiten explicar no sólo la continuidad de la imagen de Franco, sino también la perdurabilidad y conservadurismo de algunas marcas asociadas a su trayectoria.

Durante el tardofranquismo tuvo lugar una cronificación de estas claves de representación, conviviendo con formas de recreación banal del Jefe del Estado¹¹. Como perenne trasfondo argumental se mantuvo el razonamiento construido en torno a 1964, en la ambiciosa campaña de los XXV Años de Paz¹². Una publicación de aquel año compendia paradigmáticamente sus leitmotiv. Presentaba una vasta panoplia de descripciones sectoriales, que abarcaban desde los Festivales de España a la industrialización; o desde la Seguridad Social a Juan de Herrera y las obras públicas (“El agua: un milagro del Movimiento”). Su eje retórico era nítido: resignificar el sentido de la Guerra Civil en términos de antesala necesaria para la paz; y a ésta como contexto que permitió el desarrollo material –logrado gracias a la planificación indicativa estatal– y el bienestar colectivo¹³. Semejante conceptualización facilitaba compatibilizar una legitimación de ejercicio a la de origen derivada del 18 de julio, proyectando una imagen del liderazgo de Franco cimentada en argumentos como el crecimiento económico y el apoyo social.

En 1966, coincidiendo con el trigésimo aniversario de la guerra, se reiteraron estas mismas tesis en otra publicación oficial¹⁴. Ese año, un especial televisivo (*Franco y su pueblo*, emitido el 1 de octubre) volvía a identificar paz y franquismo mediante testimonios populares de adhesión al Caudillo. La misma ecuación servía de balance para *35 Años de Paz*, un documental programado por TVE el 1 de abril de 1974. Emitido apenas tres meses después del asesinato de Carrero Blanco, planteaba un discurso triunfalista sobre “la España pacífica de hoy” como resultante de “la estabilidad política”. Desde ahí combinaba los indicadores de crecimiento y nivel de vida (como la afirmación de “pleno empleo asegurado”), junto a un montaje visual que metaforizaba la idea de comunidad nacional cohesiva mediante alusiones a la vida familiar, el turismo, el trabajo femenino, la modernidad urbana o el consumo de masas. Ya en 1975, en el número confeccionado por NO-DO con motivo de la muerte de Franco volvió a dedicar un apartado al desarrollo. Por su parte, en la programación

televisiva del 20 de noviembre se incluyeron varios montajes que reaprovechaban materiales de *Franco, ese hombre* (José Luis Sáenz de Heredia, 1964), la película biográfica realizada al socaire de los XXV Años de Paz, cuyo guión literario se reeditó también en 1975¹⁵. TVE había adquirido en 1971 los derechos del film, y lo programó coincidiendo con el aniversario del 1 de abril de aquel año. Finalmente, el propio Sáenz de Heredia se embarcó en un nuevo proyecto, a la postre frustrado (*El Último Caído*), como elegía hagiográfica fílmica enraizada en los antecedentes de 1964. Fue concebida durante la agonía de Franco con vistas a su estreno en el aniversario de su muerte, e incluso preveía la participación del Rey Juan Carlos¹⁶.

Todos estos ejemplos apuntan la reutilización de esquemas discursivos y recursos documentales mediante estratos superpuestos de referencialidad: la alusión a ciertos episodios de la biografía de Franco –con especial predilección por sus años de formación militar y su participación en la guerra de Marruecos, como ocurría en *Franco, ese hombre*–, junto a la cooptación propagandística de las transformaciones estructurales, proyectándolas hacia el tiempo presente e invisibilizando aspectos como los desajustes generados por el crecimiento, los primeros indicadores de la crisis económica, los brotes de conflictividad o las tensiones intramuros al régimen¹⁷. Semejantes mecánicas de autoafirmación convivieron con la actualización de la figura de Franco. Se han estudiado algunas de sus pautas, por ejemplo a partir de los discursos televisivos de fin de año¹⁸. Cabe añadir que su iteración y rígida codificación acabó convirtiéndolos en ejercicios de pasado/presente, donde se prolongaron las consignas que habían vertebrado los XXV Años de Paz. En aquellas intervenciones el Caudillo siguió enfatizando valores como “unidad, convivencia y paz”, en coherencia con el “desarrollo político” derivado de la “vivencia y fecundidad de nuestro Movimiento Nacional”, según la literalidad del discurso del 30 de diciembre de 1974.

La recreación audiovisual de Franco se ligó, de modo puntual, con ejercicios de movilización popular. Tanto la pequeña pantalla como NO-DO recogieron la concentración celebrada en la Plaza de Oriente de Madrid el 1 de octubre de 1971, coincidiendo con el trigésimo quinto aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado. El influjo de aquel acto animó algún

homenaje televisivo (el documental *Un día por toda una vida*, 1 de octubre de 1972), que reutilizaba el lema empleado en la congregación de un año antes. La pequeña y la gran pantalla asimismo reflejaron los actos de adhesión del 17 de diciembre de 1970, tras las sentencias dictadas en el Proceso de Burgos; y del 1 de octubre de 1975, esta vez como reacción al intenso rechazo internacional que suscitaron los fusilamientos de varios militantes de ETA y FRAP. El relato televisivo aseguró que ambos hechos reunieron un millón de manifestantes. En todo caso, según un telegrama reservado remitido desde la embajada estadounidense en Madrid a Washington, la multitud en 1975 habría rondado las 200.000 personas, la concentración contó con fortísima presencia policial y la señal televisiva no fue emitida en directo, sino que se registró para su reelaboración ulterior¹⁹. Aquel acto fue, además, el punto final de una campaña justificativa sobre el reforzamiento represivo. En ella se integró desde un reportaje del espacio *Informe Semanal* (“Decreto-Ley sobre terrorismo”, 30 de agosto) que defendía como medida coherente con la legislación europea la aplicación de la pena capital en caso de acciones terroristas con resultado de muerte, hasta la intervención de Arias Navarro ante las cámaras el 30 de septiembre, donde invocó la declaración final de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea de Helsinki para justificar los fusilamientos.

Los forzados paralelismos entre la situación española y el entorno europeo también se emplearon ante el referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado celebrado el 14 de diciembre de 1966. Tras una sucesión de intervenciones televisivas de figuras relevantes del régimen –Nieto Antúnez, Iturmendi, Carrero Blanco o Navarro Rubio–, fue el propio Franco el que acabó animando al voto ciudadano. Aquel contrasentido fue ciertamente paliado en su intervención al destacar que “me bastaba el derecho del que salva a una sociedad (...) para la promulgación de la Ley”. Sin embargo, escudándose en fomentar una expresión “práctica” y “real” de “democracia”, pidió un respaldo afirmativo masivo al proyecto, confrontando en su argumentación “las desdichas del triste pasado” frente a “la paz constructiva”. El alcance internacional que se quiso dar al referéndum se plasmó en el interés por difundir la noticia por Eurovisión y para otros servicios televisivos, incluyendo los de Checoslovaquia, Hungría o Yugoslavia²⁰.

La peculiar perspectiva de un Franco demócrata fue explícitamente esgrimida por el publicista falangista y director en 1975 de Editorial Doncel, Carlos E. Rodríguez, en el prólogo a una biografía del Caudillo, aunque desde el prisma de que era el fundador de un sistema fundamentado en la liquidación del sistema de partidos. Dicho enfoque resultaba coherente con las argumentaciones indicadas sobre paz y consenso. Rodríguez las compatibilizó con la tesis, ya manejada por la propaganda, de que “uno de los aspectos más frecuentemente olvidados (sobre Franco ha sido su interés por articular) un régimen de libertades reales, a través de la configuración de un Estado de Derecho”²¹. En la presentación de aquel libro, que contó con la presencia del ministro secretario general del Movimiento Herrero Tejedor y del vicesecretario Adolfo Suárez, Rodríguez enfatizó la necesaria “imitación” de la juventud española ante “la imagen de Franco como guía”²². Sin embargo, la tarea proselitista de Doncel, la editorial de la Delegación Nacional de Juventudes, resultó mucho menos triunfalista. A inicios de los setenta seguía publicando obras doctrinales que prolongaban el esquema normativo de materias ya excluidas de los planes de estudio, como Formación del Espíritu Nacional, y aún en 1976 llegó a reeditar el texto autobiográfico de Franco *Diario de una bandera*²³. Sin embargo, entre 1970 y 1973 lanzó la revista de historietas *Trinca*, uno de los puntales en la modernización sectorial de este tipo de publicaciones. En sus páginas se incluyeron relatos gráficos innovadores de gran calidad (como las series *Peter Petrake* de Miguel Calatayud, o *Haxtur* de Víctor de la Fuente), mientras que su sección más abiertamente politizada se redujo a un breve e irregular apartado que glosaba, en lenguaje asequible, términos que iban desde “antisemitismo” o “apartheid” hasta “asociacionismo”, “atentado” o “autoridad”²⁴.

Otra muestra de invisibilidad relativa del imaginario político en productos juveniles lo encontramos en la traslación de Franco al cómic. El único ejemplo fue *Soldado Invicto*, un trabajo sin créditos de autor conmemorativo del trigésimo aniversario de la conclusión de la guerra, que fue satirizada en la virulenta anti-biografía *Caudillo*, de Basilio Martín Patino (1974)²⁵. *Soldado Invicto* ofrecía un relato pautado por los cánones simplificados presentes en otras publicaciones populares sobre Franco, que focalizaron su percepción vital en el heroísmo

en Marruecos y, sin solución de continuidad, en los episodios del paso del Estrecho, el Alcázar de Toledo y las batallas de Brunete, Teruel o el Ebro. Esa fue la estructura propuesta en *Franco, soldado*, otra biografía ilustrada de 1969 que sirvió de arranque para una colección de fascículos que tuvo la particularidad de instrumentalizar la opinión de dos historiadores anglosajones –Hugh Thomas y Stanley G. Payne– para reforzar su tono panegírico²⁶.

3. Guerra Civil e intelectuales orgánicos.

Numerosas representaciones divulgativas sobre Franco, su régimen y sus raíces históricas fueron obra de un grupo relativamente aquilatado de intelectuales –o creativos– orgánicos. En esa nómina pueden situarse Rodríguez y Sáenz de Heredia. O el escritor falangista José María Sánchez Silva, autor de varias biografías del Caudillo enfocadas desde un prisma de proximidad. Una muestra fue *Franco íntimo* (1975), un recorrido por su vida familiar desde testimonios de sus allegados, combinando una perspectiva banal y de mitificación heroica del personaje²⁷.

Franco íntimo neutralizó cualquier referencia a la Guerra Civil. En cambio, otro texto hagiográfico previo (*Cartas a un niño sobre Francisco Franco*, 1966) ayudó a normativizar una modalidad explicativa mantenida hasta 1975. El libro enhebraba, sin fisuras aparentes, un *continuum* vital desde su formación militar a la “reacción patriótica” (“El Soldado”), de la estrategia a la victoria (“El Caudillo”) y de la reconstrucción económica al desarrollo (“El Jefe de Estado”)²⁸. *Cartas...* se sometió, además, a una deriva transmediática como serial radiofónico, adaptación discográfica y serie documental para televisión, en este caso realizada por Mariano Ozores y emitida en julio de 1966. Tales productos formaron parte de la oferta generalista conmemorativa del trigésimo aniversario de la Guerra Civil. Sin embargo, la circulación de unos mismos referentes de memoria entre varios medios no era nueva. Otra muestra de narrativa popular amplificada gracias a su adaptación en distintos soportes fue la novela de Emilio Romero –director de *Pueblo*, órgano de la Organización Sindical– *La paz empieza nunca*. Se trataba de un relato ferozmente anticomunista sobre las peripecias de un joven falangista en la quinta columna madrileña y como infiltrado en el maquis. Obtuvo el Premio Planeta en 1957, en 1960 se adaptó en TVE como serial dramático con

realización de Domingo Almendros, y ese mismo año fue estrenado como largometraje cinematográfico bajo dirección de León Klimovsky.

Sánchez Silva y Ozores colaboraron como guionista y ayudante de dirección en *Franco, ese hombre*. Volvieron a hacerlo meses después en el documental cinematográfico *Morir en España* (1965), en cuyo guión también participaron el director de la Filmoteca Nacional Carlos Fernández-Cuenca (que fue, a su vez, jefe del Sindicato Nacional de Espectáculos y consejero nacional del Movimiento) y el escritor falangista Rafael García Serrano. La cinta se concibió como respuesta contrapropagandística de Información y Turismo a *Mourir á Madrid* (Frédéric Rossif, 1962), una producción francesa próxima al discurso de pasado manejado por el Partido Comunista de España (PCE)²⁹. *Morir en España* reiteraba referentes clásicos de la memoria franquista (el oro de Moscú, el Alcázar de Toledo, el caudillaje providencial de Franco...), subrayando la responsabilidad de la clase política republicana en el estallido de la guerra. Desde ahí actualizaba la dualidad entre la anti-España –encarnada en la “barbarie de la primavera del 36” y su “orgía anárquica”–, y el levantamiento militar, entendido como respuesta a un alzamiento “anarcomarxista” previo. Dicho esquema comprensivo se completaba con alguna alusión desfascistizadora del bando nacional o sobre Paracuellos, en consonancia con el esquema franquista sobre la guerra fría y como respuesta al encumbramiento de Carrillo a la secretaría general del PCE.

También a mediados de los años sesenta se multiplicó la sensación de acoso historiográfico exterior como consecuencia de los *best sellers* de Hugh Thomas o Gabriel Jackson y las iniciativas editoriales de Ruedo Ibérico³⁰. Bien es cierto que el régimen rápidamente se apropió de otras argumentaciones académicas de corte anticomunista, como las planteadas por Bolloten³¹. Desde dicho marco surgieron varios textos fruto del acceso privilegiado a fondos documentales restringidos. Es el caso de la monumental historia del PCE de Comín Colomer, un miembro de la Brigada Político-Social integrado en 1939 en la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos³². O de los trabajos del coronel de Infantería Martínez Bande, basados en fuentes del Servicio Histórico Militar. Particularmente interesante fue el dedicado a la intervención soviética. Se publicó por Información y Turismo con rápida

traducción al francés³³. En él se abundaba en la tesis del complot en la primavera de 1936 a través del control soviético sobre el PCE y de éste sobre el Frente Popular y el ala caballerista del PSOE. Su objetivo habría sido calcar en España el modelo de toma del poder según el esquema de doble revolución rusa de 1917, aludiéndose incluso al proyecto de un Soviet Nacional previsto para agosto de 1936.

En mayo de 1965 se constituyó, dentro de la Secretaría General Técnica del Ministerio, la Sección de Estudios sobre la Guerra de España. Oficialmente nacía con el objeto de adquirir y clasificar material documental y realizar estudios especializados, si bien contaba con el notable fondo editorial reunido durante la guerra por Jesús Pabón, encargado de información extranjera en el servicio de propaganda del Gobierno de Burgos. El responsable de la Sección fue Ricardo de la Cierva, y, al parecer, ésta surgió como respuesta al requerimiento de Castiella de que el gobierno reaccionase frente al libro de Jackson. Los textos surgidos desde aquel departamento combinaron el afán divulgativo, la profesionalización académica, la actualización del esquema apologético sobre el 18 de julio y la polémica propagandística³⁴, evidenciando lo que Southworth prontamente categorizó como “escuela neofranquista sobre la Guerra Civil”³⁵. Por ejemplo, una de sus finalidades fue “abordar el problema del Frente Popular, porque en los Consejos de Ministros el general Franco se interesaba por algunos discursos pronunciados en París por Dolores Ibárruri”³⁶. Ello se materializó en un compendio selectivo de materiales que pretendían servir de sustento a la tesis de que la Guerra Civil comenzó el 16 de febrero de 1936, y que aquella coalición no era más que el fruto de la deriva hacia el caos propiciada desde abril de 1931. En esta lógica el levamiento militar se presentaba como legítima reacción defensiva, ajustándose su sentido en capciosa coherencia con los argumentos de Jackson³⁷.

Desde la Sección también se promovió una colección de fascículos ilustrados. Se publicaron en Buenos Aires sin créditos de autor, con copyright registrado en Nueva York y tuvieron una intensa comercialización en España. Pretendían coadyuvar a gran escala en una visión renovada de la guerra, pero sustancialmente compatible con el enfoque franquista clásico. La misma fórmula de las entregas semanales fue empleada por de la Cierva en su biografía sobre Franco, editada en

vísperas de su designación como director general de Cultura Popular (octubre de 1973). Se presentó como obra de colaboración de “un equipo investigador y realizador”, aunque sus nombres no se detallaron³⁸.

A pesar de esta hiperactividad historiográfica, la Guerra Civil era invisible en TVE más allá de su uso episódico vinculado con la conmemoración de la figura del Caudillo. Entre finales de los cincuenta y primeros sesenta proliferaron ficciones dramáticas que evocaron el conflicto tanto desde el punto de vista del heroísmo del bando nacional (*Alférez Provisional* o *Plaza del Castillo*, Domingo Almendros, 1958 y 1961), como desde la denuncia de la violencia republicana (*Checas de Madrid* y *Hombres made in Moscú*, del mismo realizador, 1961 y 1960). Sin embargo, a la altura de los primeros setenta tales propuestas habían desaparecido. Se vetó, por ejemplo, la emisión de la versión cinematográfica de *La paz empieza nunca*. Y uno de los productos más característicos del *prime time* fue *Crónicas de un pueblo* (Antonio Mercero y otros realizadores, 1971-1974). Esta serie reflejaba el mito del consenso integracionista en el entorno de una utópica comunidad rural entendida como trasunto del todo nacional, constatando la adecuación de los valores de paz y estabilidad al código de la ficción.

Otro tanto ocurrió con las series documentales. En 1969 se ultimó *España, siglo XX* (emitida entre 1970 y 1973), un extenso relato dedicado a la historia contemporánea. Fue posible gracias a la adquisición de abundante material procedente, entre otros, de los archivos de NO-DO, Filmoteca Nacional, Gaumont o Luce. La serie se estructuró en tres bloques, realizados por Ricardo Fernández Latorre (1898-1918), Ricardo Blasco (1918-1936) y Esteban Madruga (1936-1970). Sobre su montaje se añadieron comentarios elaborados por José María Pemán, Eugenio Montes y Manuel Aznar. Éste último había protagonizado la larga secuencia explicativa dedicada a la Guerra Civil en *Franco, ese hombre. España, siglo XX* anticipó, además, el sentido providencial del caudillaje de Franco al aludir a su figura en la Guerra de Marruecos³⁹. Sin embargo, uno de los episodios dedicados a 1931 provocó una airada reacción en el Caudillo, que estimó que “no (podía hacerse) mejor propaganda republicana”⁴⁰. En mayo de 1973 la emisión de *España, siglo XX* sufrió varias interrupciones hasta su suspensión definitiva. Su último episodio –publicado

como “Vísperas de las Fallas”, pero finalmente titulado “Las apetencias comunistas”– se situó en 1932, mencionando, entre otros hechos, el congreso del PCE de Sevilla.

Tampoco pudo culminarse la programación completa pensada para *Tiempos de España*, otra serie con guión y realización de Blasco que contaba con la asesoría (de hecho, la autoría efectiva) de historiadores como de la Cierva, Martínez Bande o Joaquín Arraras, responsable de la *Historia de la Cruzada Española* (1939-1943), el trabajo más representativo de la historiografía legitimadora de posguerra. El proyecto de *Tiempos de España* contemplaba dos bloques de trece capítulos: el primero cubriría el primer tercio del siglo, siendo emitido en el verano y otoño de 1975; y el segundo la Guerra Civil, previéndose para 1976 en coincidencia con su cuadragésimo aniversario, si bien nunca llegó a programarse. En todo caso, esta serie reiteraba la imagen del período republicano, en particular desde la revolución de Asturias, como plano inevitablemente escorado hacia el conflicto. Constatava las posiciones previas de Ricardo de la Cierva, pero con las matizaciones asumidas entre 1974-1976. Desde un punto de vista político se fue identificando con el reformismo posfranquista, llegando a denunciar –por continuista– la designación de Suárez como presidente del Gobierno. Desde su dimensión historiográfica, recalcó la necesidad de “cancelar (los) efectos fratricidas” de la guerra, si bien reiterando que fue el extremismo desatado desde febrero de 1936 su causa determinante⁴¹. Como expresión de ambas dimensiones cabe situar su activa participación en reavivar la polémica sobre Paracuellos entre septiembre de 1976 y enero de 1977, en vísperas de la legalización del PCE, tal y como destacó la embajada norteamericana en España⁴².

4. La Monarquía del 18 de julio.

La designación por Franco de Don Juan Carlos como sucesor, el 22 de julio de 1969, puso punto final a la perspectiva regencialista, un horizonte querido por el grueso del falangismo. De hecho, la posición adoptada por cabeceras como *Arriba* fue abiertamente tibia ante aquel hecho consumado. Se acató en cuanto decisión de Franco, pero resaltando que lo esencial no era el quién, sino el qué y el cómo⁴³.

Entre 1969 y 1974 la prensa del Movimiento desplegó un argumentario divulgativo sobre la

noción de “Monarquía de 18 de julio” o “Monarquía del Movimiento”. Tales expresiones no eran exclusivas de la vertiente *azul* del régimen, sino asimismo afines a las expectativas de personalidades como Carrero Blanco. Las tesis de dicho argumentario pueden sintetizarse en pocas ideas: entender la monarquía como derivación y reflejo de la esencialidad franquista; ligar sus rasgos (tradicición, representatividad, catolicismo y carácter social) con el ideario de ascendente joseantoniano; encajar todo ello en la conceptualización histórica sobre las carencias de la revolución liberal, el fracaso del parlamentarismo, la crisis republicana y la subversión marxista frente a sus antidotos correctivos (el levantamiento de 1936 y la subsiguiente “paz española”); y, finalmente, incorporar la fecha del 22 de julio en el calendario oficial, en coherencia con la significación otorgada al 18 de julio, el 1 de octubre y el 1 de abril.

Semejante planteamiento puede seguirse en la sucesión de piezas conmemorativas publicadas en la prensa del Movimiento, posteriormente recogidas en una colección de libros⁴⁴. Eran textos anónimos confeccionados desde el Gabinete de Estudios de la Delegación Nacional de Prensa del Movimiento, y probablemente fueron escritos (o al menos inspirados) por el director de aquel organismo, Agustín del Río Cisneros. Ofrecían un sesgo adoctrinador desde un estilo uniforme plagado de clichés. Resultaban, además, textos intercambiables en el tiempo, donde lo coyuntural se disipaba ante la imagen de un régimen inmutable, tanto por la permanencia de sus instituciones como por su semántica estática. Se trataba de artículos dirigidos a un lector modelo compuesto por cuadros y funcionarios del Movimiento, pero susceptibles de proyectarse hacia un público de amplio espectro. No debe obviarse, en este sentido, el carácter populista de algunas cabeceras de la cadena estatal, a pesar de que entre finales de los sesenta y mediados de los setenta cayeron sus ventas –principalmente en las grandes ciudades–, y se multiplicaron las dudas sobre su rentabilidad.

La retórica sobre la Monarquía del Movimiento se construyó como exégesis de las palabras de Franco, en particular de su intervención ante las Cortes del 22 de julio. En aquel discurso había indicado que la instauración culminaba el proceso constitucional encarnado en las Leyes Fundamentales, garantizaba la estabilidad y la continuidad, y acababa “con las especulaciones

internas” y “los enredos políticos de determinados grupos”. Igualmente recalzó su carácter como resultante de la legitimidad de ejercicio, ya que establecía un “heredero ungido por las leyes”. Finalmente estimaba que si bien las casas reales escandinavas eran muestra innegable de “progreso y eficiencia social”, no era necesario “ir a buscar fuera ejemplos” puesto que el modelo español estaba encarnado en la Monarquía de los Reyes Católicos.

La retórica sobre la Monarquía del Movimiento también se hizo eco de algunas palabras del Príncipe. Ediciones del Movimiento publicó un compendio de sus alocuciones públicas, entre ellas sus ocasionales intervenciones de tono histórico-político. No recogió la entrevista de Richard Eder para *The New York Times*, de inicios de 1970, donde se sugería que la monarquía sólo podría subsistir si reconocía “alguna forma de democracia” en España⁴⁵. En cambio, la antología sí incluyó discursos como el pronunciado en Belchite en octubre de aquel año. En él, el Príncipe recordó su naturaleza de “ciudad mártir” donde murió “lo mejor de nuestras juventudes, encuadradas en unidades del Ejército, Banderas de Falange y Tercios de Requetés”, enfatizando los objetivos de “paz”, “bienestar”, “libertad”, “orden” y “unidad en los Principios Fundamentales del Movimiento, (que) tenemos que mantener siempre, como tantas veces nos ha repetido el Generalísimo”⁴⁶.

Este discurso evidenciaba la memoria ortodoxa del tardofranquismo. Coincidió con el léxico de los artículos conmemorativos sobre el 22 de julio elaborados por el Gabinete de Estudios. La proximidad temporal entre el 22 y el 18 de julio facilitaba conectar ambas jornadas como efeméride unificada, conformando una lógica mnemónica asociativa entre pasado y futuro⁴⁷.

Su finalidad era coherente con otras estrategias apuntadas en secciones anteriores de este trabajo. Pretendía socializar una imagen elemental del levantamiento militar, pero, sobre todo, considerarlo como el arranque para un proceso organicista trascendental, nucleado por la paz, el desarrollo y el diseño jurídico-legal. El punto de llegada era la monarquía, un factor que permitía terminar de definir la fecha del Alzamiento en clave prospectiva como “umbral de futuro”. O, en palabras del entonces vicesecretario general del Movimiento José Miguel Ortí Bordás, expresar el “triumfo máximo del Movimiento: su victoria sobre el tiempo”⁴⁸.

En años posteriores se insistió en algunas dimensiones queridas por la retórica *azul*, como el carácter social de la monarquía, un postulado que debe situarse en el contexto de la creciente contestación laboral o estudiantil al franquismo⁴⁹. A su vez, el discurso sobre la Monarquía del Movimiento se acopló con la lógica de la campaña sobre los 35 años de paz. Coincidiendo con la efeméride del 1 de abril de 1973 volvió a insistirse en la secuencia “victoria, sucesión (y) continuidad”, en la metáfora de la “paz creadora” o en la estimación del Movimiento como “futuro de plenitud histórica”. Y ya en 1974, se vincularon los indicadores materiales del desarrollo con las cualidades personales e institucionales evidenciadas por el hecho sucesorio (la voluntad de servicio y discreción de Juan Carlos, su empatía “con el alma sencilla de las gentes”, su encarnación de la “paz de Franco”...). Era, pues, la misma literalidad que el ejercicio de memoria televisiva, ya comentado, *35 años de Paz*⁵⁰.

Resulta evidente el grado de inconcreción de tales eslóganes. Expresaban lo que cabría considerar como ideología banal del franquismo, y sin duda eran coherentes con una concepción de la Corona entendida como reaseguro frente a una democratización que, para el grueso del personal político encuadrado en el Movimiento, corría el riesgo de proceder de una traumática ruptura antifranquista. Pero, más allá de eso, el discurso sobre la Monarquía del 18 de julio repetía una formulación esclerotizada y ambigua, evidenciando la “gran confusión” que existía entre “Estado, Régimen, Gobierno y Movimiento”, un problema ya suscitado por directivos de la cadena con motivo de la Ley de Prensa⁵¹. No obstante, su iterativo recurso al panegírico personalista –de Franco y, por extensión, de Juan Carlos– permitía su fácil reproducción discursiva acomodada a los valores-marco del régimen. Es decir, la inconcreción sobre el futuro permitía definir (y también nutría) el discurso del consenso franquista, si bien constatando la hueca artificialidad del Movimiento como almacén ideológico.

Semejante indeterminación contrastaba con los discursos políticos en liza. No sólo frente al esquema de ruptura interiorizado por el grueso de la oposición, sino asimismo ante los posicionamientos aperturistas o del *bunker*. La conmemoración del 22 de julio de 1975 sirvió de coartada para un artículo reformista de

Nemesio Fernández-Cuesta donde instruyentalizó, en sentido inverso a su intencionalidad original, la tesis franquista de excepcionalidad del Caudillo, razonando desde ahí la imposibilidad del continuismo en la persona de Juan Carlos⁵². Por su parte, entre 1974-1975 terminó de especificarse el discurso de la extrema derecha. Su aldabonazo fue la declaración de Girón, publicada poco después de la Revolución de los Claveles, contra los excesos y potenciales riesgos del “espíritu del 12 de febrero”⁵³. Su influjo se prolongó en meses siguientes como diagnóstico cada vez más crítico sobre el porvenir. Una muestra fue la reflexión de Carlos E. Rodríguez, donde reiteró los valores-marco franquistas en relación con factores como el terrorismo y el ejército, entendido como “resorte” defensivo de “la unidad de la Patria o la continuidad del Régimen”. Rodríguez apuntó otros aspectos que progresivamente acabaron confluyendo en el alegato golpista durante la transición. Denunció, por ejemplo, “la camaleónica adaptación al color de moda”, “las treinta monedas de plata de la democracia liberal” o “los feriantes de juntas democráticas”. Y alertó de los riesgos del “borboneo” apelando al 14 de abril. Pero no pudo evitar definir el “Estado del 18 de julio” desde un marxismo elemental, entendiéndolo como “síntesis superadora, abierta a la evolución desde dentro, de la antítesis dialéctica entre demoliberalismo (...) y comunismo revanchista”⁵⁴. Todo un síntoma de los nuevos tiempos.

5. Conclusiones: representaciones televisivas de la monarquía popular.

La banalidad ideológica del franquismo asimismo se expresó en la representación audiovisual de la monarquía. Tales relatos permitieron la concurrencia entre la imagen pública de los Príncipes, su vinculación simbólica con Franco y los razonamientos legitimistas fundados en el alzamiento y el desarrollismo. Estos planos sustanciaban la lógica de la continuidad, pero en su materialización práctica se acompañaron, además, de otros elementos específicos –ligados tanto a valores de tradición como de modernidad– asociados al sucesor en la Jefatura del Estado.

La representación del Príncipe Juan Carlos debe emplazarse en las contradictorias coordenadas del relato informativo televisivo de la primera mitad de los setenta. Por ejemplo, a finales de

octubre de 1975 TVE colaboró, pero sin llegar a emitirlo, en un programa de debate de la televisión francesa (*España con y sin Franco*), que reunió personalidades tan distantes como Fernández de la Mora, Miguel Boyer, y, ya desde París, Leizaola, Federica Montseny o Federico Melchor. Previamente, el paso de Pío Cabanillas por Información y Turismo favoreció un creciente clima de tolerancia en TVE, lo cual se convirtió en motivo de denuncia para el *bunker*. El propio ministro ordenó el envío de un equipo de periodistas, encabezado por Manuel Alcalá, a Lisboa el 25 de abril de 1974. Sus filmaciones recogieron el colapso del *Estado Novo* y la confraternización entre las fuerzas armadas revolucionarias y la población. Sin embargo, tras su visionado por Arias Navarro y un grupo de ministros, se optó porque dicho material no fuese programado.

Carrero Blanco había manifestado duras críticas a la “política de información y espectáculos” de Fraga en vísperas de la crisis de 1969. En informes posteriores reiteró, desde su prisma integrista, el rechazo a lo que entendía como excesiva liberalización mediática y propaganda favorable a la oposición política, recalcando, por el contrario, la importancia “formativa” y proselitista de la televisión⁵⁵. Ese enfoque permite situar su interés por la implicación de TVE en socializar una imagen positiva de los Príncipes, algo que fue adquiriendo forma durante los mandatos como directores generales de Adolfo Suárez y Rafael Orbe Cano (1969-1973). Particularmente importante fue la estrategia auspiciada por el primero de ellos. La Zarzuela jugó un papel fundamental en su designación como máximo responsable de televisión. Suárez contó, además, con el respaldo directo de Carrero, que le garantizó un amplio margen de autonomía. Habitualmente despachaba con el vicepresidente, y el tratamiento televisivo de los Príncipes fue objeto de una cuidadosa coordinación donde participaron Hernández Sampelayo, subsecretario en Información y Turismo, el secretario de la Casa del Príncipe, Alfonso Armada, y el propio Suárez⁵⁶.

Todo ello se tradujo en la construcción y divulgación de una imagen dotada de matices y funcionalidades relativamente diversificadas. Tanto los informativos de TVE como NO-DO dieron cumplida noticia de la presencia de Juan Carlos en los ceremoniales de memoria periódica presididos por Franco, donde siempre ocupó una posición secundaria. Especialmente

ilustrativas fueron las sucesivas piezas dedicadas a los funerales por José Antonio en el Valle de los Caídos. Se trata de breves reportajes, perfectamente intercambiables entre sí, sometidos a rígida protocolización. Otro tanto cabe decir respecto de la participación en actos expresivos de la iconografía *azul*, como las celebraciones de la efeméride fundacional de Falange en el Consejo Nacional del Movimiento, los congresos u homenajes sindicales o las concentraciones conmemorativas del Frente de Juventudes.

Una semántica distinta mostraban, en cambio, las crónicas dedicadas a los viajes de los Príncipes por España y, aún más, por el extranjero. En el primer caso, el eje conductor estuvo conformado por el énfasis dado al respaldo popular y por la casi total neutralización de la figura de Franco. Cabe hablar, en este sentido, de autosuficiencia discursiva de los Príncipes, fundamentada en torno a un conjunto de pautas referenciales de amplio reconocimiento. Se trataba de claves coherentes con los valores-marco de la dictadura, reflejadas, por ejemplo, en la escenificación de la armonía social y la superación de la lucha de clases (reportaje de TVE sobre la visita a Valencia, 1970). Pero, por encima de ello, siempre dominó una sensación de empatía y accesibilidad vacía de aparente adscripción política. Sus posibles variaciones eran múltiples, reflejándose a través de la narración *en off* en el “entusiasmo, adhesión y cariño” (visita a Baleares, 1973), el “homenaje popular” (Barcelona, 1975), o la cercanía de los Príncipes “a la base, la religiosidad (y la tradición” (Guipúzcoa, 1973). Como expresión de semejante simbiosis, el relato televisivo invariablemente recalcó una suerte de comunión plebiscitaria garantizada gracias al “futuro de paz y la convivencia española” (Málaga, 1972).

Algunas visitas al exterior fueron objeto de intenso tratamiento. En este caso las claves de representación –y de distancia frente al aparato simbólico tradicional del régimen– se evidenciaban en mayor grado aún, prefigurando pautas de significación sobre Juan Carlos reforzadas tras su entronización. Una muestra la encontramos en la crónica televisiva dedicada al viaje a la República Federal Alemana en septiembre de 1972. Su relato se articuló desde un juego de presencias y ausencias. Las menciones a Franco desaparecieron del reportaje, pero también las relativas a la identidad socialdemócrata o al pasado

antifascista del canciller Willy Brandt. En su lugar, se subrayó la dimensión representativa de los Príncipes como encarnación de “un país en marcha”; “la amistad (y) extrema cordialidad” de la visita; la agenda al “máximo nivel”; la “imagen inteligente” de Juan Carlos, o la coincidencia entre anfitriones y huéspedes respecto al carácter europeísta “del pueblo español (...), que forma parte de Europa, es Europa”.

En otras ocasiones Juan Carlos fue objeto de programas monográficos más extensos. Como síntesis entre la imagen interior y exterior debe situarse la coproducción de TVE y ORTF, dirigida por el antiguo corresponsal de *Le Monde* Jean Creach, programada de forma casi simultánea en Francia y España en el otoño de 1972. Y ya orientado hacia un estricto consumo doméstico resalta *Príncipe de España* (Rogelio Amigo y José Briz), un documental de montaje emitido el 21 de julio 1974. Se trataba de un espacio conmemorativo del quinto aniversario de su designación como sucesor. Sin embargo, un matiz coyuntural le otorgó una destacada trascendencia, puesto que coincidió con la primera hospitalización de Franco y la interinidad de Juan Carlos como Jefe de Estado.

El documental compendia el universo de valores conformado en torno a la imagen pública del Príncipe, sustanciando plásticamente la noción de Monarquía del Movimiento junto a elementos procedentes de la recreación televisiva de sus viajes internacionales. El eje vertebral era el referente “tradición”, entendido según la lógica de la propaganda oficial. Desde dicho prisma, la identidad de la futura monarquía venía conformada por la historia, la personificación de la unidad nacional y la ligazón entre pasado y futuro. Semejante basamento permitía que se erigiese como “piedra clave que asegura el equilibrio nacional, y garantiza (el) orden”, pero también como institución que “(acepta) nuestro tiempo”. Este razonamiento se acompañó con secuencias que mostraban a Juan Carlos en actos castrenses – entre ellos el Desfile de la Victoria –, en una ceremonia en el Monasterio de El Escorial o dirigiendo una alocución sobre el 12 de octubre. A su vez, Franco estaba ausente, pero, al mismo tiempo, presente en el documental. Su imagen apenas fue mostrada, aunque la realización apuntó el rol de Juan Carlos como prolongación del régimen. Ello permitía terminar de dimensionar esa idea de tradición, en coherencia con una consideración legitimista múltiple

basada en la tesis de la instauración, pero también de la restauración (algo obviado por Franco en el discurso del 22 de julio de 1969), a las que se añadía la legitimidad de ejercicio encarnada en “el desarrollo social, en armonía con el espíritu del Estado nacido el 18 de julio”. Finalmente, el documental resaltaba otros rasgos idiosincrásicos de Juan Carlos presentados como características extensivas de la identidad española: la modernidad, la vitalidad, la profesionalización y la madurez.

Príncipe de España conjugaba, pues, la unicidad y relativa diversificación de argumentos manejados por la propaganda oficial en los medios populares. Su discurso era afirmativo y apelativo, además de sincrético, impreciso, adaptable y populista. Resultaba coherente con los mitos centrales presentes en el relato cohesivo franquista, en particular con su reiterativa focalización en la “paz”. Este último término vertebró la memoria del régimen desde 1964, sirvió de eslogan electoral en 1966, de clave historiográfica oficialista y como factor retórico para la idea de Monarquía del 18 de julio. Y fue también –no se olvide– un ítem de intenso reconocimiento sociológico en el tramo final de la dictadura⁵⁷. Su alcance fue instrumentalizado por el régimen, tanto respecto a su gestión de la visibilidad/invisibilidad de la Guerra Civil, como en su narrativa colectiva sobre una retrospectiva (el golpe militar de 1936) convertida en presente (desarrollo) y prospectiva (instauración monárquica). En este sentido estamos ante un rasgo central del discurso generalista franquista, pero también ante un factor reactivo para la estrategia de la oposición y ante una variable que proyectó su sombra sobre la política de memoria de la transición democrática.

Notas.

¹ Trabajo resultado de los Proyectos “Televisión y memoria: estrategias de representación de la Guerra Civil y la Transición” (MICINN, HAR2010-20005) y “Memorias en segundo grado: posmemoria de la Guerra Civil y el franquismo en la España del siglo XXI” (URiV, 2013-LINE-01).

² André-Bezzana, B., *Mitos y mentiras de la transición*. Madrid, El Viejo Topo, 2006; Boyd, C. P., “The Politics of History and Memory in Democratic Spain”. *Annals AAPSS*, 617 (2008), 133-148; Druliolle, V., “Democracy Captured by Its Imaginary: the Transition as Memory and Discourses of Constitutionalism in Spain”. *Social & Legal Studies* 17, 1 (2008), 75-92; Radcliff, P., “Si ocurrió en España, ¿por qué no en cualquier otra parte?”.

Pasajes, 29 (2009), 109-119, y Baby, S., *Le mythe de la transition politique en Espagne (1975-1982)*. Madrid, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 2013.

³ Fuentes, J. F., “La transición revisitada: una visión políticamente correcta”. *L’Avenç*. 199 (1996), 48-51; Hernández Corchete, Sira, “La voluntad democratizadora de las series documentales históricas producidas por Televisión Española en los años ochenta”, en *Los desafíos de la televisión pública en Europa: actas del XX Congreso Internacional de Comunicación*. Pamplona, EUNSA, 2007, 569-579, y Humanes, M. L., “La reconstrucción del pasado en las noticias. La representación mediática del 25 aniversario de la muerte de Franco y la coronación de Juan Carlos I”. *Análisis*, 30 (2003), 39-57.

⁴ Cfr. con López Pintor, R. y Buceta, R., *Los españoles de los años sesenta*. Madrid, Tecnos, 1976.

⁵ Cuesta, J., “Recuerdo, silencio y amnistía en la Transición y en la Democracia españolas (1975-2006)”. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 25 (2008), 125-165.

⁶ Juliá, S., “En torno a los proyectos de transición y sus imprevistos resultados”, en C. Molinero (ed.), *La Transición, treinta años después*, Madrid, Península, 2006, 59-80.

⁷ Molinero, C. e Ysás, P., *Anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008, 131-220.

⁸ Palomares, C., *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*. Madrid, Alianza, 2006, 171-237.

⁹ Saz, I., “Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados”. *Ayer*, 68 (2007), 140-143.

¹⁰ TVE estuvo adscrita desde 1956 a la Dirección General de Radiodifusión, posteriormente rebautizada como de Radiodifusión y Televisión, careciendo de entidad empresarial propia. Este modelo fue matizado en octubre de 1973, si bien sólo en términos de una cierta autonomía administrativa, cuando la red de emisoras de Radio Nacional y TVE se agruparon en el Servicio Público Centralizado RTVE, un ente sujeto a la Ley de 26 de diciembre de 1958 sobre Entidades Autónomas del Estado. Por su parte NO-DO dejó de estar vinculado en 1968 a la Dirección General de Cinematografía y pasó a depender de Radiodifusión y Televisión.

¹¹ Para la representación audiovisual de Franco, Sánchez-Biosca, V. (ed.), *Materiales para una iconografía de Francisco Franco*. *Archivos de la Filmoteca*, 42-43 (2002-2003) y Tranche, R. y Sánchez-Biosca, V., *NO-DO. El tiempo y la memoria*. Madrid, Cátedra, 2001.

¹² Su planificación y alcance en Aguilar, P., *Políticas de memoria y memorias de la política*. Madrid, Alianza, 189-207.

¹³ *España cumple Veinticinco Años de Paz*. Madrid, Suplemento Nacional de la Prensa del Movimiento, 1964.

¹⁴ Victoria de la Paz. *Afanes y esperanzas del pueblo español*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1966.

¹⁵ Sánchez Silva, J. M. y Sáenz de Heredia, J. L., *Franco..., ese hombre*. Madrid, Lidisa, 1975.

¹⁶ Berthier, N., "El último Caído de Sáenz de Heredia, un poema documental sobre Franco". *Secuencias*, 2 (1995), 9-29.

¹⁷ Cfr. con *Efectos sociales queridos y no queridos en el desarrollo español*. Madrid, Fundación Foessa, 1968.

¹⁸ Palacio, M., "Francisco Franco y la televisión", en *Materiales para una iconografía...*, 90-95.

¹⁹ Nationalistic demonstration in Madrid, 1-X-1975, id: 1975MADRID06800_b. Disponible desde Internet en:

<http://www.wikileaks.org/plusd/cables/1975MADRID06800_b.html> [con acceso el 10-6-2013].

²⁰ "Referéndum Nacional". *Noticias de TVE*, 20 de diciembre de 1966, [1].

²¹ Rodríguez, C. E., "Prólogo", en Dahms, H. G., *Franco*. Madrid, Doncel, 1975, 11.

²² *ABC*, 5 de junio de 1975, [95].

²³ Fernández-Carvajal, R., *La sociedad y el Estado*. Madrid, Doncel, 1969, o Gómez, I., *Didáctica de la educación cívico-social*. Madrid, Doncel, 1971.

²⁴ "Diccionario". *Trinca*, 3 (1970), 17, y 5 (1970), 17.

²⁵ *Soldado Invicto*. Madrid, Rollán, 1969. Fue obra del equipo valenciano "Art Studium", donde participaron Frejo, Sanchis, González Alacreu o Pedro Quesada.

²⁶ "Lo que dicen dos escritores extranjeros adversos a Franco". *Franco Soldado. España en sus héroes*. 1, (1969), 12.

²⁷ Sánchez Silva, J., *Franco íntimo. Los Españoles*. 1 (1975).

²⁸ Sánchez Silva, J., *Cartas a un niño sobre Francisco Franco*. Ministerio de Información y Turismo, 1966.

²⁹ El Ministerio también promovió *¿Por qué morir en Madrid?* (1966), del que se realizaron dos versiones como consecuencia de los reparos oficiales a la producción inicial, con guión y dirección de Enrique Manzanos. La segunda contó con el mismo realizador, pero con textos de Sánchez Silva y García Serrano. Del Amo, A. (ed.), *Catálogo general del cine de la guerra civil*. Madrid, Cátedra, 1996, 765-766, y Berthier, N., "Por qué morir en Madrid contra Mourir à Madrid: las dos memorias enfrentadas". *Archivos de la Filmoteca*, 51 (2005), 126-140.

³⁰ Thomas, H., *Historia de la guerra civil española*. París, Ruedo Ibérico, 1962; Jackson, G., *The Spanish Republic and the Civil War*. Princenton, UP, 1965.

³¹ Bolloten, B., *El gran engaño. Las izquierdas y su lucha por el poder en la zona republicana*. Barcelona, Caralt, 1961.

³² Comín Colomer, E., *Historia del Partido Comunista de España*. Madrid, Editora Nacional, 1965-1967.

³³ Martínez Bande, J. M., *La intervención comunista en la guerra de España (1936-1939)*. Madrid, Servicio Informativo Español, 1965, 20-23. [La traducción francesa apareció en 1967].

³⁴ Cfr. con Sarría Buil, A., "Los Boletines de Orientación Bibliográfica del Ministerio de Información y Turismo y la Editorial Ruedo Ibérico", en N. Ludec (coord.), *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. París, PILAR, 2004, 233-253.

³⁵ Southworth, H. R., "Los biblióforos. Ricardo de La Cierva y sus colaboradores". *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 28/29 (1970-1971).

³⁶ De la Cierva, R., "El encuentro con la Historia". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), 76.

³⁷ De la Cierva, R., *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*. Madrid, Secretaría General Técnica, 1966.

³⁸ *Crónica de la guerra de España no apta para irreconciliables*. Buenos Aires, Codex, 1966; De la Cierva, R., *Francisco Franco. Un siglo de España*. Madrid, Editora Nacional, 1972-1973.

³⁹ Hernández Corchete, S., "La mirada documental de la Guerra Civil en el tardofranquismo y la Transición. De la celebración de la paz a la búsqueda de la reconciliación nacional", en S. Hernández Corchete (ed.), *La Guerra Civil televisada. La representación de la contienda en la ficción y el documental españoles*. Zamora, Comunicación Social, 2012, 37.

⁴⁰ López Rodó, L., *La larga marcha hacia la Monarquía*. Barcelona, Noguer, 1977, 436.

⁴¹ De la Cierva, R., "¡Qué error, qué inmenso error!". *El País*, 8 de julio de 1976; *Historia del franquismo. Orígenes y configuración (1939-1945)*. Barcelona, Planeta, 1975, 78.

⁴² PCE Carrillo and the Paracuellos executions, 22-IX-1976, id: 1976MADRID07241_b. Disponible desde Internet en: <http://www.wikileaks.org/plusd/cables/1976MADRID07241_b.html> [con acceso el 21-6-2013]

⁴³ Barrera, C., "La prensa española ante la designación de Juan Carlos como sucesor a título de Rey". *Comunicación y Sociedad*, 8, 1 (1994), 93-109.

⁴⁴ Ediciones del Movimiento se constituyó en 1952 con el objeto de publicar obras históricas y políticas, en particular de "pensamiento Nacional-Sindicalista". En 1970 estaba adscrita al Servicio de Estudios del Movimiento.

⁴⁵ *New York Times*. 4 de febrero de 1970, [1 y 14].

⁴⁶ *Palabras de Su Alteza Real el Príncipe de España Don Juan Carlos de Borbón y Borbón*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, 89.

⁴⁷ *Franco y el Príncipe de España. La Monarquía del Movimiento Nacional*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1969, 61-63 o 75-83.

⁴⁸ "18 de Julio". *Franco y la España renacida y "22 de Julio"*. *El Príncipe de España y la Sucesión*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1970, 75-80 y 29.

⁴⁹ Cfr. con *La obra de Franco y la Sucesión española. 18 de julio-22 de julio*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1971, 117-119.

⁵⁰ *Paz y progreso del pueblo español. Significación nacional del 1º de abril y La paz, patrimonio del pueblo español*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1973 y 1974, 11-17 y 15-16, 35-37 y 45-47.

⁵¹ Zalbildea, B., *La Prensa del Movimiento en España, 1936-1983*. Leioa, Servicio Editorial de la UPV, 1996, 237.

⁵² Fernández-Cuesta, N., “El Príncipe de España”, *ABC*, 22 de julio de 1975, [2].

⁵³ *Arriba*. 28 de abril de 1974.

⁵⁴ Rodríguez, C.E., *Continuidad o cambio. Vigencia y perspectivas del Estado del 18 de julio*. Madrid, Doncel, 1975.

⁵⁵ Tusell, J., *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*. Madrid, Temas de Hoy, 1993, 357-358, 370-372 y 430-431.

⁵⁶ Fuentes, J. F., *Adolfo Suárez. Biografía política*. Barcelona, Planeta, 2005, 86 y 90.

⁵⁷ Cfr. con López Pina, A., *La cultura política en la España de Franco*. Madrid, Taurus, 1976.